

Le pêle-Mêle

POUR TOUS & PAR TOUS

SEMANARIO FESTIVO PARISIENSE

SUBSCRIPCIONES:		
España	1 año	7'50 ptas.
	6 meses	4 " "
Unión postal	1 año	10 " "
	6 meses	5'50 " "

DIRECCIÓN:
PARIS — 7, Rue Cadet, 7 — PARIS

Reservado todo derecho de reproducción o traducción

El pago de las subscripciones puede hacerse en sellos de correo, sobres monederos, libranzas del giro mutuo ó letras de fácil cobro, remitiendo el importe bajo sobre certificado á la Dirección: 7, rue Cadet, Paris.

Administración y Venta de la Edición Española: BARCELONA. Puerta del Angel, 15 y 17, pral.



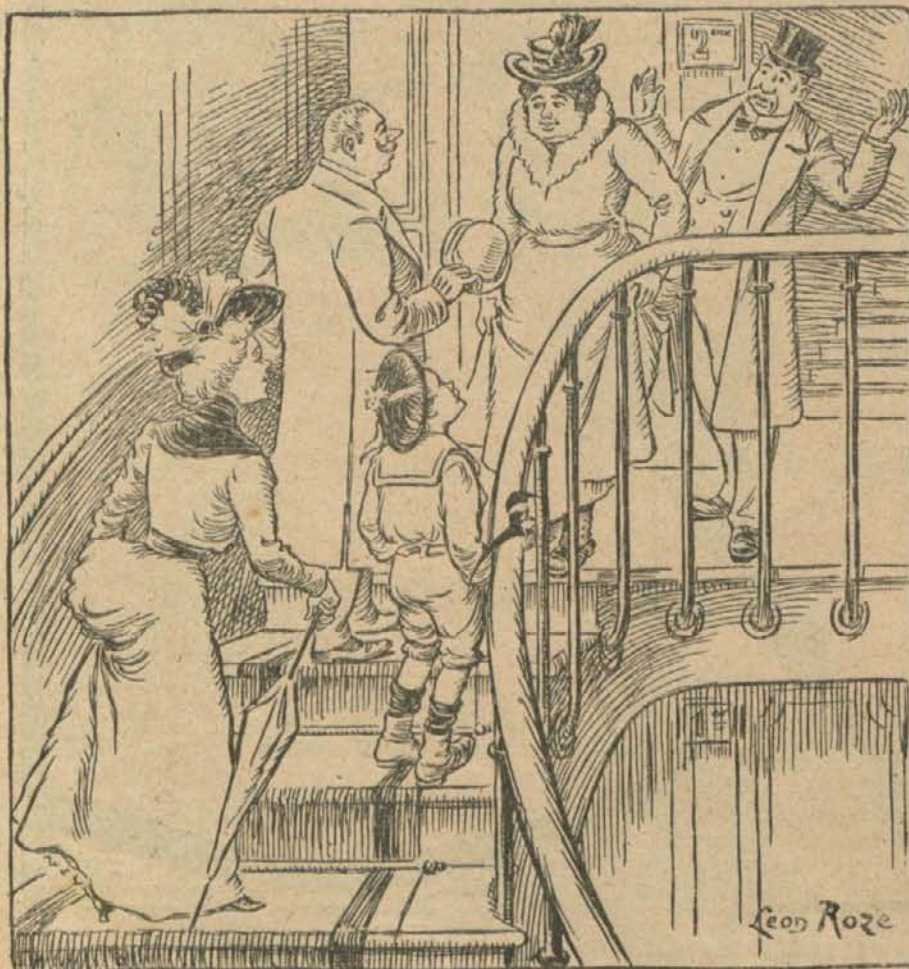
El realismo en el arte

EL AUTOR. — En este momento, la reina se desmaya en sus brazos, y usted la lleva hasta la puerta del castillo..
— ¿En un carretón? (exclama el noble señor, sobrecogido de espanto)

Hipocresías veniales



- Ponte el sombrero, Ernestina; que sube ya otra tanda de amigos.
- Pero ¿y si creen que acabamos de entrar?
- No; dándonos prisa, tenemos tiempo de bajar hasta el primer piso.



— ¿Cómo? ¿ustedes por aquí? ¡Cómo, si hubiésemos podido prever tan grata sorpresa, no habríamos aceptado la invitación á ese banquete!

— ¿Cuántos regalos te han hecho, Pepito, el día de tu santo?
 — Más de mil.
 — Más de mil ¡imposible!
 — Sí; papá me ha dado las Mil y una noches.

Doña Robustiana, sempiterna habladora, ha exhalado su último suspiro.
 Y he aquí en qué términos daba su yerno la noticia á uno de sus amigos:
 «Mi suegra ha dejado de hablar esta mañana á las siete y media».

En una farmacia.
 Entra un bromista y pregunta con sorna:
 — ¿Tiene V. espíritu de contradicción?
 El farmacéutico, sin inmutarse:
 — Sí, señor.
 Y luego añade, dirigiéndose á su manecbo:
 — Mira, muchacho: dile á mi mujer que baje.

De un robo considerable
 Se quejaba un andaluz;
 Y el juez dijo:— No me es dable
 Tropezar con el culpable,
 Si no me da alguna luz.—
 Mas él, con risa inocente,
 Exclamó:— ¡Cosa sencilla!
 ¿Con una luz solamente?
 La daré muy prontamente...—
 Y le alargó una cerilla.

En un restaurán:
 Un caballero se sienta delante de una mesita y consulta la lista.
 Después de un rato de examen, dice:
 — Mozo, toma la propina por adelantado, y dime, en conciencia, qué me recomiendas para almorzar...
 El mozo, bajando la voz:
 — Que se vaya V. á otro restaurán.

En la playa.
 Un bañero á uno de sus colegas:
 — Cuando una señora esté en peligro de ahogarse, al ir á salvarla, cógela por el pescuezo y nunca por los cabellos. En este caso te expondrías á que se te quedaran entre las manos.

Ayer encontramos á un amigo con un hermoso melón debajo del brazo.
 — ¿Le gustan á usted los melones?
 — No; es para mi mujer.
 — Colma usted, y hace bien, de atenciones y de cuidados á su esposa.
 — Al contrario; el melón le hace daño siempre.

En una mula montada
 Iba Inés, moza feroz,
 Y por lucirse, taimada,
 Picó espuela; y espantada
 Me dió la mula una coz.
 Díjome Inés:— Disimula,
 Pero es mula que recula
 Porque tiene mal zancajo.—
 Y yo contesté:— ¿Qué mula?
 ¿La de arriba ó la de abajo?

Don Abundio asiste á una discusión científica, y de pronto exclama:
 — Quisiera decir una tontería.
 — Déjese de circunloquios — observa el presidente — y diga de una vez que desea hablar.

Entre ama y criada:
 — ¿Cuánto piensa usted ganar?
 — Si voy á la compra, tres duros; si va usted, seis.



Los héroes del hogar

EL TÍMIDO. — Justina, veo que la señora se dispone á salir; ¿sabes si salgo con ella?

En una visita:

- A los pies de usted, señora...
- Caballero, beso á usted la mano... Pero, no se vaya usted..., comerá usted con nosotros...
- Agradezco infinito el obsequio; pero...
- Por usted no hemos de poner ningún requisito... ¿Se queda usted?
- Decididamente no, señora.

En el tribunal:

- ¿Vió usted al acusado cuando disparó los tiros de revólver?
- Sí, señor.
- ¿A qué distancia se hallaba usted del agresor?
- Cuando disparó el primer tiro, á cinco pasos.
- ¿Y cuando disparó el segundo?
- A un kilómetro, señor presidente.

— ¿Te has afeitado solo?

- Sí; ¿por qué?
- Porque te has hecho cinco heridas.
- ¿Qué quieres! ¡si tengo unas navajas que no cortan!

En el restaurán:

- ¡Mozo, merluza!
- ¿Cómo la quiere usted? ¿frita?
- Hombre! yo la quiero fresca.



La educación de los agentes

A fin de completar la instrucción de nuestros bravos agentes, el jefe de policía acaba de fundar una clase de baile y de modales destinada á ellos.

- Dice el bando que los perros No pueden ir sin bozal.
- ¿No habla nada de las perras?
- No; pero lo mismo da.
- Lo siento, porque á mi suegra Se lo tendré que comprar.

- Antes de un duelo, Camacho Se echó á beber de lo bueno; Y alentándole el Galeno, Le decía, sin empacho: — ¡A ver, si estando borracho, Te encontrarás más sereno!



- No encuentro mi vestido, Justina; ¿dónde lo habéis puesto?
 — En el ropero de la señorita, su sobrina.
 — ¡Vaya una torpeza! ¿Cómo diantre vais á reconocerlo ahora?



Dos criadas se juntaron en la plazuela, y una de ellas se lamentaba de que no podía sisar como sus compañeras.

— Pero, ¿cómo das tú la cuenta, por cuartos ó por reales?

— Ni por una cosa ni por otra; mis amos todo lo toman al flado.

— Entonces son ellos los que te sisan á ti.

—••—

Hablábase ante una señora del persistente silencio de su marido que, siendo diputado, ni una sola vez había pedido la palabra.

— Están ustedes en un error — dijo la señora — porque mi marido es el que todos los días hace los rumores que leen ustedes en los extractos de las sesiones del Congreso.

En un examen de medicina:

— Un caballero está gravemente enfermo. Padece de neuralgias atroces. Va usted á visitarle como médico. ¿Qué le mandaría usted para calmar los dolores?

— Pues, un calmante.

— ¡Muy bien! Y luego, ¿qué le mandaría usted?

— ¡La cuenta!



En tranvía

— ¿Usted no lee el periódico?
 — No, señor... no tendría entonces nada que hacer en la oficina.

Decía un gastrónomo:
 — Yo, durante todo el año, tengo cerdo en la mesa.
 — ¡Glotón!
 — No; es que convidó al suegro.

Un hombre, que tenía una nariz de largas dimensiones, se acercó un día á una joven de quien estaba enamorado y le dijo:
 — Lo que tengo que decir á usted es un poco largo.
 — ¿Va usted á hablarme de su nariz?

Aritmética infantil.
 — Niño, si tu madre te da dos bollos y yo otros dos, ¿cuántos bollos tienes?
 — Los suficientes.

— He oído decir que el señor Alcalde es tan bonachón, que parece de paja.
 — No lo crea usted; porque, si de paja fuera, ya se lo hubieran comido los concejales.

En un establecimiento balneario:
 El duque de F... se adelanta y dice á una joven:
 — Señorita, tiene usted un tipo español muy pronunciado. ¿Su padre de usted es andaluz?
 — No, señor; carnicero.

De un personaje que después de haber gastado lo suyo, vivía de lo ajeno, contando á más muchos acreedores, decía un amigo nuestro:

— Fulano es uno de los que mejor comprenden la teoría y la práctica del deber.

En la Bolsa.
 — Desengáñese usted. A los bolsistas se nos calumnia. Dicen que todos somos unos ladrones, y la verdad es que yo no conozco más que á dos.
 — Y ¿quién es el otro?

En un salón.
 Un caballero tonto, á una señora discreta:
 — ¿Se fastidia usted, Matilde?
 — Yo ¡nunca! Los demás son los que me fastidian.

Para las mujeres, la dulzura es el mejor medio de tener razón.—Mlle. de Fontaine.

Trampantojo



EL PAPÁ. — Veo con satisfacción, hijo mío, que los libros de estudio ocupan el mejor sitio en tu casa.



EL ESTUDIANTE. — Mi padre acaba de salir; ¡bebamos á su salud!

— Pero, en resumen, doctor, ¿qué enfermedad es la que yo padezco?
— Una gastro-enteritis.
— ¿Y de qué procede?
— Del griego.

Murió un gitano sumamente embustero, y al sacarle de casa para el cementerio, decía la viuda vertiendo amargo llanto:

— ¡Adiós, cuerpo lleno de verdades!
— ¡Cómo! — exclamó uno de los que conocían á fondo al difunto, — ¡pues sí en su vida dijo una verdad!
— Por eso, — contestó la viuda, — por eso las lleva toditas en el cuerpo.

Un aldeano presenta á su hijo al maestro de escuela, y éste, después de examinar al muchacho, dice:

— Este chico tartamudea.
— Sí, señor; pero es sólo cuando habla.

Decía un ministro:

— Cada vez que nombro á alguien para un destino vacante, hago noventa y nueve descontentos y un ingrato.

Uno que se las echa de sabio dice en una tertulia:

— Yo soy como Sócrates. Sé que no sé nada.
— Por desdicha, — exclama un contertulio, — también lo sabemos los demás.

— ¿Vas al concierto de ese pianista, Matilde?

— Sí, Enriqueta.
— Yo también. Me pondré el vestido de color de cereza. ¿Y tú, qué piensas ponerte?
— ¿Yo? un poco de algodón en los oídos.

En la calle:

— ¿Por quién llevas luto?
— Por mi padre.
— Debí dejarte una gran fortuna.
— ¿Quién, á? Era demasiado hombre de bien. Pagó todas mis deudas y me arruinó.

Entre filósofos:

— Creo en la metempsicosis y que mi alma, después de mi muerte, irá á parar al cuerpo de una bestia.
— No tienes necesidad de morir para eso.

— ¿También usted de luto, mi pobre amiga?
— Sí, por mi esposo.
— ¿Quién lo había de decir! Hace pocos días le ví, y estaba tan fuerte...
— ¡Ya lo creo! Tan fuerte, que el día antes de morir me pegó una paliza.

Presentóse á la viuda de uno de sus clientes un usurero, diciéndole que el difunto le debía mil reales.

A lo que aquélla replicó:
— ¿Y quién le manda á usted prestar dinero á los difuntos?

En una reunión se contaban varios chascarrillos propios de la vida de cada narrador.

Un militar había contado ya sus hazañas. Una viuda, su luna de miel.

Y un actor, sus silbas.
— Vamos, ¿y usted no cuenta nada? — preguntó la señora de la casa á un cesante que oía á todos con imperturbable calma.
— Señora, — respondió por fin, — yo no tengo que contar ni una peseta.

Estaba uno en un café muy entretenido en leer un periódico, cuando se le acercó otro, diciéndole:

— Dispense usted, caballero, ¿es usted ó su hermano á quien tengo el gusto de hablar?

— A mi hermano, — dijo el del periódico, y prosiguió muy tranquilo en su lectura.

Cierto gobernador necesitaba formar una estadística de la riqueza pecuaria en su provincia, y para completarla preguntó á un alcalde: ¿cuántos borricos había en el pueblo.

El alcalde contestó:
— Ocho; y después que usía estuvo aquí la última vez, hay uno menos.



— ¿Me decidiré, ó no, á pedirle su mano? ¡Qué angustiosa perplejidad! ¡es tan grave el matrimonio!

— No les oigo. Creí que iba á declararse, y me convendría de veras; porque es un buen partido.



— ¿Qué haré? Anoche, en el palco de su padre, en la Ópera, enardecido por la música, quería declararme y vacilé...

— Tal vez considera con inquietud ciertos puntos de vista. ¡Vaya, vaya! destruyamos sus recelos.

EL MÉDICO Y EL CIEGO

Un hombre enfermo de ojos se dolía,
Y un médico tirano le curaba
Y entrando á visitarlo, le robaba
Una alhaja de casa cada día.
Y por poder llevarle cuanto había,
La cura de los ojos dilataba,
Hasta que ya entendió que no quedaba
Cosa alguna que fuese de valía.
Los parches le quitó muy denodado
Y díjole: — Cumplido es tu deseo;
Págame, pues ya ves que te he sanado. —
El miró acá y allá... — Mas antes creo —
Le respondió, — que es cierto que he cegado,
Porque en toda mi casa nada veo. —

— — —
Un señorito que todo lo ignoraba, pero
que era de familia muy rica, se presentó á
exámenes de bachiller en ciencias, y le
aprobaron.

Admirado él mismo de la facilidad con
que había salido de su empeño, se dirigió
al Rector de la Universidad y le dijo:

— Si usted se empeñara, dábamos un
golpe soberbio graduando á un caballito que
tengo.

— Siento no poder servir á usted — le dijo
el Rector: — pero aquí no graduamos más
que á los asnos. —

— — —
Las mujeres piden á la moda cien atrac-
tivos, que serían otros tantos defectos si la
naturaleza se los hubiese dado.

La Rochefoucauld.

Un hombre muy jactancioso decía:
— Tengo el grado de bachiller, el grado
de doctor, el grado de capitán, el grado
de...
Uno que le escuchaba le interrumpió, ex-
clamando:

— Pues entonces, tiene usted más grados
que el aguardiente de caña.

— — —
Diálogo conyugal:

— Hoy es mi cumpleaños — dice la espó-
sa, — y no te has acordado de regalarme ni
una flor.

— Pues en eso estriba mi delicadeza. No
he querido recordarte que tienes un año más.

— — —
En un teatro dice un prestidigitador:

— ¿Algún caballero me hace el obsequio
de prestarme un reloj?

Después de algunos momentos de silencio,
exclama una voz:

— ¿Da lo mismo una papeleta de empeño?

— — —
Las mujeres deberían, al menos, dejar de
serlo á los cuarenta años. Bas' ante es, me
parece, haber jugado á las muñecas y á la
señora durante veinticinco. Que no se en-
gañen; las mujeres, y sobre todo las muje-
res bonitas, juegan más, en efecto, á los
diez y ocho años, que á los seis.

Mme. d'Arconville.

— — —
La institutriz pregunta á su alumna:
— Diga usted, Luisita, ¿cuál es el futuro
del verbo amar?
— ¡Casarse!



PEPÍN. — Sobre todo, no te olvides de
tomar confites... ya sabes que es lo único
que me calma cuando me pongo á berrear
en la calle.



— ¡Qué escucho! ¡ah! siento que mi
amor n.º puede esperar más... ¡Animo!

— Lo que es esta musiquilla me parece
que va á apresurar su resolución



— ¡Señorita, concédame su mano, y
seré el más dichoso de los hombres!

— Ya está... Decididamente, mi música
puede dar quince y raya á la de Wagner
y á la de Gounod.



Comprador americano

— ¿Es un Rafael ó un Rubens?
— Mejor que eso; es de los dos.
— ¡Bah!
— Sí, Rafael dijo al morir: — «Yo lo he
empezado; Rubens lo acabará».

Hallándose de tertulia uno de nuestros
más ingeniosos poetas, le dijo una señora:
— Me parece haber tenido el gusto de
ver á usted antes de ahora. El año pasado,
¿no comía usted en casa de Lhardy?

— Señora — respondió el poeta, — el año
pasado no comía yo en parte alguna.

— — —
— ¿Está el señor Juez?
— Sí, pero no se le puede ver, porque
está preparando el equipaje.
— ¿El equipaje?
— Esta noche parte para Barcelona.
— ¿De manera que es juez y parte?

— — —
En una tertulia se habla de los individuos
que se expresan más lacónicamente, ci-
tando como modelo á los ingleses.

— Yo — dice uno, — conozco á otros que
son aún más lacónicos.

— ¿Quiénes? — le preguntan.

— Los mudos.



Círculo vicioso

— En celebración de nuestro aniversario deberías obsesquiar-me con un viajecito á Suiza.

— Ya sabes, querida, que tus menores deseos son órdenes para mí...

... y que yo no recibo órdenes de nadie.



— Tú te jactas de ser alto, pero los bajos ganan á veces á los altos.



— ¡Cállate, renacuajo! ¡en una muchedumbre, nunca podrías dominar y ver lo que vería yo!

— No lo niego; pero en ocasiones hay...



... compensación.



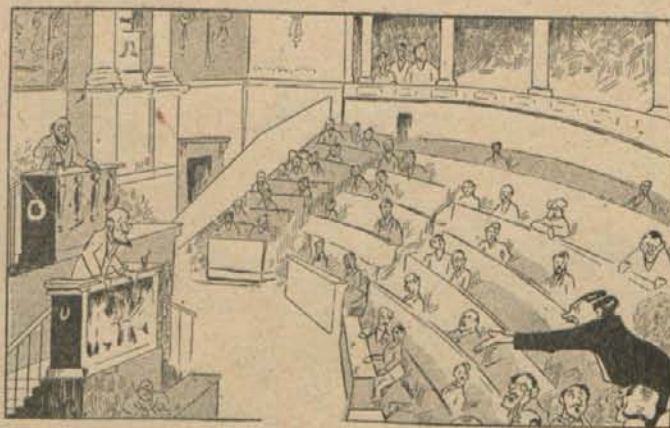
La riqueza vuelve honrado

— No, no; jamás consentiré en que te cases con el vizconde del Rastá; es un bribón que ha hecho su fortuna trampeando.
 — ¿Y tú, papá?
 — No, mil veces no; no quiero bribones en mi familia. Ya hay uno... yo; ¡y basta!



— Si, ha estado enferma. Hace tres semanas temí que la perdería.
 — Habría sido una pérdida seca, en efecto.

Pequeña causa, grandes efectos



Acababa de subir el ministro á la tribuna, cuando el diputado del Tarn-et-Mayenne le lanzó este epíteto: «¡Ladrón!» Epíteto que mereció del ministro esta respuesta: «¡Vos también!»



En un abrir y cerrar de ojos, la Cámara se convirtió en campo de Agramante, obligando al presidente á levantar la sesión.



Ya en los pasillos, el ministro y el diputado fueron amistosamente á tomar un pisolabis en la mesa de refrescos.

— En resumen — preguntó el ministro, — ¿teníais algún motivo para apostrofarme así?

— Indudablemente; habia en una tribuna tres de mis electores influyentes á quienes habia prometido una sesión borrascosa.

Firme sostén



— Hace usted mal persistiendo en continuar viuda; eso es empeñarse en quedar débil contra los golpes del destino. Mientras que, si me concediese su mano, no tendría usted más seguro apoyo, sostén más firme, más fijo...



... que yo.

El otro día encontré á un músico, amigo mío, muy alarmado.

— ¿Qué te sucede? — le pregunté.
— ¡Que dicen que viene el cólera!
— ¡Y á ti qué te importa que venga?
— Más que á nadie; ¡como que es una enfermedad que sólo acomete al que toca!

Varios militares en corro referían sus hazañas, sobrepujándose unos á otros en arrojo y heroísmo.

A uno de ellos, que permanecía callado, le preguntaron:

— ¿Y usted no ha hecho algún acto de valor?

— Sí, señores, un acto de valor temerario, incomprensible.

— ¿Qué fué? ¿qué fué?

— Me casé de subteniente.

En un escritorio:

Un padre presenta á su hijo como dependiente.

El banquero pregunta:

— ¿Tiene disposiciones para la banca?

— Admirables, — contesta el padre. — A los cinco años ya robaba los cuartos del cajón.

En un restaurán.

— ¡Mozo!

— ¡Señor!

— ¡Qué chuleta tan salada! Esto es insop-
portable.

— Pues aun hay otra cosa más salada en
el establecimiento.

— ¿Qué?

— La cuenta.

En una Casa de préstamos:

— Vengo á retirar mi capa. ¿Qué hay que
abonar?

— ¿Qué interés tiene usted?

— El de no coger una pulmonía.

Gedeón, á su criado, que acaba de des-
empeñar malísimamente una comisión:

— ¡No tienes sentido común, muchacho!

— Pero, señor...

— ¡No hay pero que valga! Eres un idiota.

Quando tenga que enviar un imbécil á algún
rerado, no te necesitaré para nada. Iré yo
mismo.

Dos gomosos disputan acaloradamente.

Después de mil insultos recíprocos, uno
de los contendientes entrega su tarjeta al
otro, diciéndole en tono fiero:

— Mañana estaré en mi casa todo el día.

Y el otro, con más fiereza:

— ¡Y yo también!

— ¿Qué tal carácter tiene tu marido? —
pregunta á una casada, cierta amiga indis-
creta.

— Muy igual, ¡siempre insop-
portable!

— Cuando recibo un anónimo — decía días
atrás Gedeón — ni siquiera me tomo la mo-
lestia de abrirlo.

— Usted, que ha estudiado anatomía,
¿quiere decirme en qué parte del cuerpo
humano reside el patriotismo?

— En el estómago.

Pasatiempos

(Las soluciones en el número próximo.)

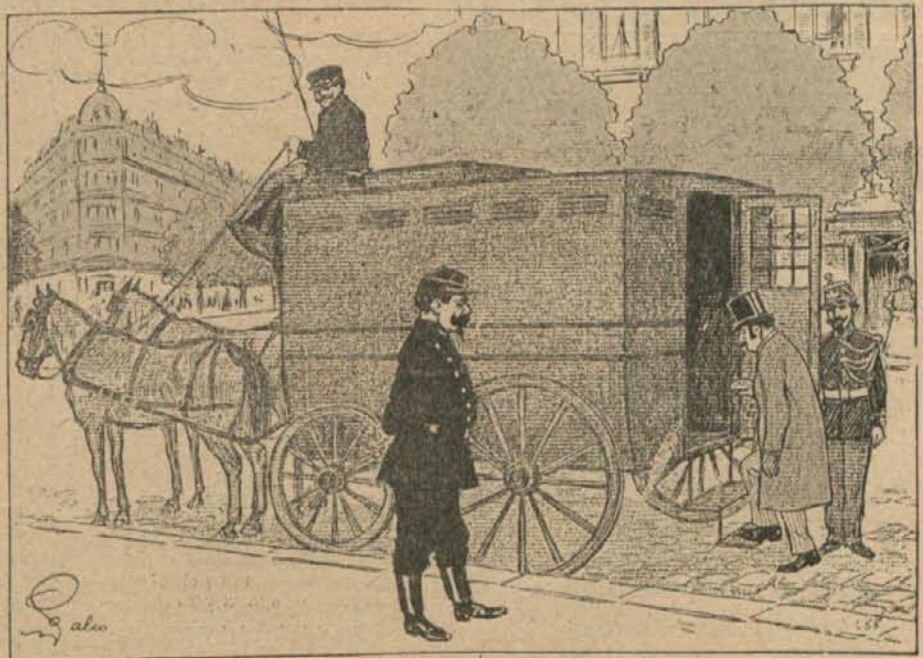
ADIVINANZA

Tengo manos, mas no dedos,
Tengo barbas sin ser hombre,
Digo cuanto se te antoja,
Hablo fuerte y nadie me oye.

El señor Anssac acaba de emprender un gran negocio



Cómo subirá al coche, si el negocio prospera.



Y cómo subirá, si el negocio fracasa.

CHARADA

En el desván de mi casa
Ocúltase una *dos prima*;
Hay golosos que *dos cuatro*
Suelen comer en tortilla.
Yo prefiero *cuatro y una*
Porque es más dulce y más fina,
Y hay quien de *tres dos* la toma
Sin dejar en la vasija
Ni una sola *tres primera*,
Que el gato agradecería.
El robo es puerto de mar
Y capital de provincia,
Con lo cual digo bastante
Para acertar en seguida.

ENIGMA

Soy un soberbio pagano
Que á todos llevo la palma,
Y en gusto y valor la gano;
Nací de un gigante, enano,
Blando el cuerpo, dura el alma.

Soluciones

Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR

CHARADA. — Zebedeo.

ENIGMA. — El número de letras de *dos, cua-
tro, seis y todos*.

ADIVINANZA. — Carta.

Imprenta de Henrich y C.^a en cta. — Barcelona

LE PÊLE-MÊLE

Será la Revista más agradable, más divertida y el mejor pasatiempo para las familias.

De la edición francesa de este periódico se venden 220,000 ejemplares y tenemos la seguridad de que este mismo éxito ha de alcanzar en España.

¡¡ A reirse por 15 céntimos !!

LUSTRE NUBIAN

Se emplea sin Cepillo.

Aplicándolo una vez cada quince días, revierte el calzado impermeable conservándole el brillo y el aspecto como si fuera nuevo.

Da Venta en todas partes. — Exíjase el Nombre y la Marca.

Para calzado de color pídase la "YOUNG'S CREAM"

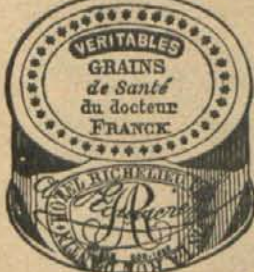
C^o NUBIAN, 126, Rue Lafayette, París.



No empleéis sino las **PLACAS** y **PAPELES**

JOUGLA

VERDADEROS GRANOS de SALUD



del Dr. FRANK

¡ Un siglo de clientes, por todo el mundo !

Contra el ESTREÑIMIENTO y sus consecuencias: Inapetencia, Jaqueca, Embarazo gástrico, etc.

EXIGID SIEMPRE los VERDADEROS, con Etiqueta en 4 colores, análoga á la del margen, y el Nombre del Dr. FRANK sobre cajas azules, cuyo fac-simile damos también al margen.

11. 50 + 1/2 caja (30 gr) 31. caja (105 gr)

Es el mejor, el más cómodo y el más barato de los Remedios.

A cada caja acompaña una instrucción detallada.

EN TODAS LAS FARMACIAS.

CASA PARA VENDER

De bajos y un piso, para una familia, sita en buena calle de

San Andrés de Palomar — Barcelona

Valor: 5000 pesetas.

DARÁN RAZÓN EN ESTA ADMINISTRACIÓN

Puerta del Angel, 15 y 17, pral.

SAVON au LAIT de VIOLETTES naturelles Société Hygiénique Paris, 55, Rue de Rivoli.

BIBLIOTECA de Novelistas del Siglo XX

En esta Biblioteca se publican sucesivamente novelas de insignes literatos españoles, editadas con mucho esmero.

Miguel de Unamuno. **Amor y Pedagogía.**

J. Martínez Ruiz. **La Voluntad.**

Antonio Zozaya. **La Dictadora.**

Timoteo Orbe. **Guzmán el Malo.**

Dionisio Pérez. **La Juncalera.**

Rafael Altamira. **Reposo.**

Pío Baroja. **El Mayorazgo de Labraz.**

Emilio Bobadilla (Fray Candil). **A fuego lento.**

José del Cacho. **Hecees y Espumas.**

Ernesto López (Claudio Frolo). **Esau.**

Arturo Campión. **La Bella Esau.**

Luis López Allué. **La Enramada.**

Ramiro de Maeztu. **La Mujer fuerte.**

De venta en las principales librerías de España y América.

PARA LOS PEDIDOS:

HENRICH Y C.^a, Editores
BARCELONA

De venta en esta Administración y principales librerías.

LA COCINA UNIVERSAL

ARREGLO DE LA OBRA FRANCESA DE

Edmundo Richardin **L'ART DU BIEN MANGER**

Fórmulas inéditas de los Grandes Restaurantes parisienses y maestros Cocineros franceses.

Indicaciones para el servicio de los vinos.

80 Sopas distintas.

80 Salsas distintas.

1400 Recetas prácticas y fáciles para preparar en casa toda clase de platos.

50 maneras de guisar pollos.

50 maneras de guisar bacalao.

Grabados indicando los trozos y clases de las carnes de matadero y modo de arreglar las aves y caza para el asado.

100 maneras de guisar huevos.

50 maneras de guisar patatas.

Etc., etc., etc.

RECETAS DE LAS COCINAS.

Inglesa, Alemana, Rusa, Italiana, Americana y Española por A. Blanco Prieto

Un volumen en 8.^o mayor, de unas 500 páginas.

En rústica: 3 ptas. — En tela: 3'50 ptas.

EL ECO DE LA MODA

es la Revista de Modas más conocida en España.

Número semanal con Patrón cortado en tamaño natural.

Suscripción: 6 meses, 4 ptas.; 1 año, 7'50 ptas.

Administración: Puerta del Angel, 15 y 17, pral. — BARCELONA